

El magisterio como forma de vida

María Catalina Josefina González Pérez

Maestra en Investigación de la Educación. Docente en el Instituto Superior de Ciencias de la Educación del Estado de México, División Académica Ecatepec. maría.gonzalez@isceem.edu.mx

Desde los más remotos recuerdos, mi memoria me remite a escuelas, maestros, libros, material didáctico, pizarrones, gises...

Provengo de una familia del sector obrero y de familias de Puebla y Tlaxcala. Soy originaria de la CDMX y migrante al municipio de Ecatepec en el estado de México, ya que las rentas de arrendamiento de vivienda son altas y mis padres aún no tenían casa propia.

Mi padre hizo sus pininos en la docencia, pero no le gustó, aunque más tarde, fue instructor en el INEA, recién se fundaba por los años setenta. Mi madre, antes de que yo entrara a la escuela me enseñó las primeras letras con el silabario de San Miguel.

De hecho, de mi familia paterna recibí la influencia para elegir la carrera de profesora y tengo una hermana que también se dedicó a la profesión docente.

Mi tía Simona, hermana de mi padre, era maestra en la escuela primaria Flecha Roja en San Martín Texmelucan, ciudad de origen de la familia paterna y a la que nos llevaban cada periodo vacacional o cada que nacía uno de mis hermanos, ya que fui la mayor de seis. Así que parte de mi vida ha estado rodeada de historias, anécdotas, relatos de experiencias en la enseñanza de diversos grados, métodos para enseñar a leer y escribir, cursos de verano, libros de texto, reformas educativas, el estudio, la capacitación, actualización, formación, prácticas educativas y políticas educativas, desde el nivel macro hasta las que se instauran en las escuelas, como parte de su devenir.

En mi casa, su casa, hay libros por doquier porque en algún momento se consultan, se obtienen ideas, recomendaciones, se reconstruyen recuerdos, situaciones, se formulan propuestas o se toma distancia de lo que ya no opera. Se redescubre mucho...

Al egresar de la escuela secundaria, a los 15 años de edad, tenía claro que estudiaría para profesora de educación primaria, por lo que, para hacer solicitud y examen de admisión a la Escuela Nacional de Maestros, mi padre fue a formarse dos días antes de que empezará la distribución de fichas para los aspirantes. Era una opción que permitía estudiar cuatro años después de la secundaria y luego obtener un plaza y trabajo seguro. En ese entonces aún no se consideraban estudios de licenciatura, por lo que a los 19 años comencé a trabajar en un turno vespertino en una escuela primaria en Iztapalapa, en la Ciudad de México (antes Distrito Federal), ya con un título como profesora y un certificado de bachiller.

Al ser la mayor de seis hermanos, resultaba una alternativa para que pronto empezara a colaborar con los gastos de la casa, ya que en ese tiempo mi padre se jubiló y puso una tienda de abarrotes.

Con el sueldo de mi primer trimestre y el aguinaldo, en casa se instaló la línea telefónica y renovamos los libreros; me compré mi primer auto, un VW 75 azul, compré libros de geología, mi equipo para las prácticas de campo, pagué mi primera práctica en la especialidad de Geografía en la Normal Superior, y me dotaba de material didáctico para el sexto grado que tenía a mi cargo. Sin duda, parte del presupuesto también era contribuir al gasto familiar ¡y sólo tenía una plaza!

Sin duda, hubo maestros y maestras que influyeron en mi desarrollo profesional como el geógrafo Jaime Humberto Graniel Graniel (+), el maestro Ramiro Reyes Esparza (+), la maestra Rosa María Zúñiga Rodríguez (+), quienes no sólo fueron mis mentores sino consejeros y amigos. También, estoy segura los maestros que tuve en la educación primaria, secundaria y en la Normal dejaron huella y aprendí muy pronto que el ejercicio del trabajo docente es exigente y requiere compromiso.

Creo que me he convertido en profesora con el tiempo. Uno no acaba de aprender sobre la profesión. Cada experiencia es inédita y requiere estar preparada y dispuesta a seguir aprendiendo.

Uno cree que estudiando más puede ser mejor. Tal vez sí, tal vez no. En mi caso, al salir de la Normal, ingresé a la Escuela Normal Superior de México, a la especialidad en Geografía, para trabajar en

educación secundaria. Luego ingresé a estudiar una maestría en ciencias de la educación para iniciarme en la investigación de procesos de formación de docentes en educación básica. Luego hice otro par de posgrados.

Un referente que ha guiado mi trayectoria es el convencimiento de que la educación nos hace mejores personas, mejores ciudadanos para un país y un mundo mejor.

Asimismo, he tenido que combinar mi vida personal con mi vida profesional. Me casé, tengo dos hermosos hijos maravillosos que terminaron sus carreras en la UNAM. Gracias a mi profesión he podido apoyarlos y ver su crecimiento personal y profesional.

Lo importante en este andar, es que he ido construyendo una identidad, gusto y aprecio hacia la profesión docente. Uno se hace con otros maestros y esto me ha permitido tratar de comprender y comprendernos como docentes.

También he podido participar en proyectos nacionales en la Secretaría de Educación Pública y colaborar, ahora, en la formación para la investigación educativa en una institución de posgrado en el Estado de México.

Y bueno, después de cuatro décadas de laborar, aquí sigo en la búsqueda y en el aprender entre maestros, entre colegas.

He de confesar que participé en los equipos de la SEP; entre ellos el que coordinó la elaboración de los Atlas de México y Universal, sí esos que no caben en ninguna mochila y que, por cierto, eso me lo reclamaron mis hijos. Tuve la posibilidad de colaborar en el equipo de Geografía en diversos materiales educativos, en varios formatos, así como en otros proyectos y programas en los que el estudio era una práctica y condición para realizar las actividades de carácter técnico pedagógico que me fueron encargadas.

Las experiencias vividas me han enseñado que los maestros y las maestras con reformas, sin reformas y a pesar de las reformas educativas cumplen con creces su trabajo; claro, no todos y los que sí me han hecho reconocer el lado luminoso de la profesión, como lo expresaba el Dr. Latapí (2003). He aprendido que la formación nadie te la

da, sino uno mismo se hace cargo del trabajo sobre sí mismo, como lo decía Ferry (1990) y que la subjetividad es un componente inherente de nuestra profesión (Reyes y Zúñiga, 1991).

La reciente pandemia me sorprendió por lo inesperado, pero estaba segura miles de maestros a lo largo de nuestro país, cumplirían su misión educadora de la niñez y la juventud de nuestro país, como también lo hicieron muchos más en otras latitudes.

He observado de manera reiterada que el educador habrá de hacer su trabajo con amorosidad, como lo expresaba Freire (1997) y así podría citar otros elementos conceptuales, epistémicos y empíricos de la profesión docente; sin embargo, la reflexividad que ha provocado elaborar este texto me lleva a reconocer que no me veo en el ejercicio de otra profesión. El magisterio lo elegí y lo sigo eligiendo como mi forma de vida.